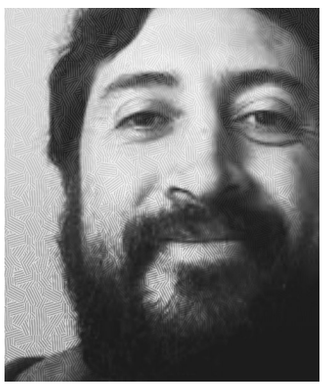
SUBURBANO

DE BOLSILLO

Nº 06






Iván Parra García · Rocío Uchofen · Juan Millán Costa · Raquel Abend van Dalen

Crónicas · Cuentos · Entrevistas · Literatura

Mirar de cerca

Un viaje entre Seúl y Bogotá. Un cuarto compartido donde nadie cuenta toda su historia. Un camarógrafo que aprendió su oficio trabajando. La poesía de Mariela Dreyfus, leída desde el cuerpo. Cuatro maneras de acercarse a lo que a primera vista pasa inadvertido.

Iván Parra García, Rocío Uchofen, Víctor Hugo Ortega y Raquel Abend van Dalen proponen mirar de cerca: detenerse en una ciudad, una voz o un recuerdo hasta descubrir otra historia. La conversación con Juan Millán Costa ocupa el lugar del oficio y de la imagen.

Cuatro lecturas

Crónica, cuento, entrevista y literatura.

01 CRÓNICA

De Seúl a Bogotá: fotos, museos y un asesinato 4

Iván Parra García

02 CUENTO

«Bolsa de reciclaje», un adelanto de «Solo para insomnes» de Rocío Uchofen. 6

Rocío Uchofen

03 ENTREVISTA

Juan Millán Costa, un obrero del cine 10

Víctor Hugo Ortega

04 LITERATURA

Sobre Gravedad de Mariela Dreyfus 15

Raquel Abend van Dalen

CRÓNICA

De Seúl a Bogotá: fotos, museos y un asesinato

Iván Parra García

22 de septiembre de 2025



Mientras descendíamos hacia Bogotá, a veinte minutos de aterrizar, me repetía que deberíamos haber pagado los cien dólares extras para llegar al mediodía y no a las cuatro de la madrugada. Desde que el capitán nos dijo que íbamos a empezar a descender, apoyé mi frente en la ventanilla del avión y mi cuerpo se tensó con una mezcla de vacío estomacal y sudor frío que siempre me acompaña en los aterrizajes. Seo-Jin no me había soltado la mano por más de una hora y podía sentir su emoción de aterrizar por primera vez en Latinoamérica, de venir a visitar a mi familia, y a diferencia mía, que había decidido guardarme los quinientos dólares que traíamos en la media del pie derecho por simple precaución, su rostro expresaba curiosidad, unas ganas intensas de aterrizar ya y respirar el aire denso de la montaña. Seguimos descendiendo, hasta que por la ventanilla vimos las luces de los barrios circundantes del aeropuerto y, al ver las señales verdes a lado y lado de la pista, aterrizamos en Santa Fe de Bogotá. A las cuatro tomamos el taxi que nos llevaría hasta el apartamento de mi abuela, en el sur occidente de la ciudad, donde nos quedamos por las siguientes cuatro semanas.

Habíamos planeado este viaje desde hacía tiempo, pero no había dejado de pensar en los peligros de la ciudad: el famoso paseo millonario, el atraco con burundanga, el raponazo del teléfono celular, el atraco a pico de botella en la buseta, la “ayuda” en el cajero automático para clonar la tarjeta de crédito. Regresaba con estas películas en la cabeza, convencido de que la ciudad nos esperaba con el mismo rostro con el que se había despedido de mí veinte años atrás cuando me fui de Colombia. Mejor dicho: volvía con la certeza de que Bogotá continuaba siendo la ciudad del miedo cotidiano, donde uno podía ser atracado a la vuelta de la esquina. Regresaba con cuarenta años, casado con Seo-Jin y después de visitar su familia en Corea del Sur, país donde uno deja el teléfono celular en la silla del bus y al siguiente día lo encuentra en el mismo lugar.

La primera salida que hicimos al centro de la ciudad fue la mañana siguiente de nuestra llegada.

Mientras desayunábamos antes de salir, le repetí a Seo-Jin la misma cantaleta que ya le había echado varias veces: el teléfono mejor no sacarlo cuando estemos en el centro; lo mejor es no llevar bolso ni papeles; si un desconocido viene a hablarnos, lo mejor es no ponerle cuidado porque nos irá a pedir plata; mejor no abrir la ventana del taxi con el semáforo en rojo, pues en menos de lo que te imagines pueden meter la mano y agarrar lo que encuentren. Le solté el mismo sermón que ella ya conocía bien y del cual ya se había empezado a cansar. Se paró de la mesa, entró al baño a lavarse los dientes y, tras lanzar un “tranquilo, no sea paranoico”, yo seguí con el sermón, ahora a mi abuela, que nos había preparado una changua con almojábana y café con leche. Todo lo que mi abuela hizo fue alcanzarme otra almojábana.

Después de desayunar, llamamos un taxi y nos fuimos al centro de la ciudad. Recuerdo que el taxista agarró la Esperanza, subió por Paloquemao y después tomó la Diecinueve para llevarnos hasta la Cuarta con Séptima, donde empezamos nuestro recorrido a pie. En el taxi, a pesar del calor del mediodía, había decidido no bajar la ventana; le pedí a Seo-Jin que las fotos que tanto le gustaba tomar las redujéramos a los monumentos más importantes o para cuando subiéramos a la iglesia de Monserrate que, por estar en la cima de una montaña, me parecía más segura. Seo-Jin había terminado por ignorar mi paranoia y, cuando llegamos a la Plaza de Bolívar, me dijo que se había cansado de mi hostilidad contra mi propio país, que

De Seúl a Bogotá: fotos, museos y un asesinato

tenía el trauma del extranjero que regresa a su país creyéndose de mejor familia, y me pidió que la esperara en un café mientras ella se iba a dar una vuelta por la plaza para ver el Palacio de Nariño… sin mi compañía. Accedí y simplemente le repetí: “Seo-Jin, guarda el teléfono y ponte la cartera al frente”. Para entonces ya estaba tomándole fotos a las palomas que se congregan en el centro de la plaza a pedirle maíz a los turistas.

Al día siguiente pasamos toda la jornada en el centro. Como si hubiéramos hecho un pacto secreto en aquel momento en que nos separamos en la plaza, dejé de cantaletear a Seo-Jin con lo de la seguridad y ella siguió en lo suyo, disfrutando de Bogotá. Visitamos el Museo de Botero, la Casa de la Moneda y el Centro Cultural García Márquez, y almorzamos una bandeja paisa en el Chorro de Quevedo. Por diez dólares nos tomamos una foto juntos con una llama que se parecía a un familiar lejano y a las cinco de la tarde regresamos a la casa de mi abuela, donde nos esperaban doña Marina, la vecina de toda la vida que nos invitó a tomar onces. A su casa también llegaron otros vecinos, y entonces llegaron las invitaciones para el resto de nuestra estadía en Bogotá.

Con el paso de los días, empecé a sentir como si en cada salida, la ciudad quisiera demostrarme qué tan equivocado había estado y qué tan injusto había sido con ella. En las calles, en vez de atracos, descubrí la cantidad de gente que andaba en bicicleta y a pie rumbo al trabajo con la misma naturalidad con la que yo lo hacía en Ann Arbor. En los Ubers, en vez del paseo millonario, me encontré con hombres y mujeres que solo buscaban ganarse el pan. En una ocasión, en la calle, alguien se me acercó no para pedirme dinero sino para recordarme que habíamos estudiado juntos en el bachillerato. En vez de cuchillos para matar, vi cuchillos pelando frutas; en vez de sicarios, vi taxistas hablando de fútbol; en vez de pistolas, vi cámaras fotográficas de turistas apuntando a las casas de la Candelaria. Bogotá no terminó por robarme la billetera, sino que terminó por robarme la paranoia.

Regresamos a Michigan en junio.

En su teléfono Seo-Jin tendría por lo menos unas quinientas fotografías de la ciudad. En mi billetera traía unos dólares y no en la media sudada de nuestra llegada. En la fila para subirnos al avión aproveché para disculparme con Seo-Jin por mi paranoia, pero antes de llegar a la puerta de embarque una mano grande y pesada me detuvo: era la policía antinarcóticos. Requisa de rutina, dijeron. Nada grave, nada nuevo. Todo lo que encontraron fue café y chocorramos. Sin embargo, esa mano me recordó que la ciudad nunca me dejaba ir por completo. Para rematar, dos días después recibí un mensaje de WhatsApp de mi abuela: asesinaron a Miguel Uribe, el candidato a la presidencia. En la esquina del apartamento. Mierda, pensé. Ya se me hacía raro que no nos hubiera pasado nada. Con el teléfono en la mano no supe si mostrarle el mensaje a Seo-Jin. Fui a la sala y puse las noticas. En Bogotá la tregua nunca dura demasiado, pensé.

Publicado en Suburbano.net el 22 de septiembre de 2025. Leer la publicación original.

CUENTO

«Bolsa de reciclaje», un adelanto de «Solo para insomnes» de Rocío Uchofen.

Rocío Uchofen

10 de julio de 2025



Aquel invierno me había quedado sin trabajo. Anduve de sitio en sitio y hasta dormí bajo uno de los puentes de la isla hasta que un conocido me recomendó a la doña, quien ofertaba la mitad de un cuarto. En realidad, fui sin mucha esperanza, andaba de malas, no podía ni siquiera pagar lo que pedían, pero creo que le caí bien. La doña era parca, me preguntó algunas cosas sobre mí, mi familia, mi país y que por qué andaba tan mal, sin trabajo ni perro que me ladrara. Le contesté lo que casi siempre le contesto a todos: soy decente, huérfano, crucé la frontera en la década de 1990, tengo mala suerte con los trabajos, soy soltero y a mucha honra.

—En esta casa ya hay dos que se llaman Juan. Has llegado tarde, así que te llamaremos Perú. Espero que no te moleste.

No era la primera vez que me llamaban por mi país. Le dije que no tenía problemas, pero se me salió decirle que en una pensión en la que viví me llamaban «Perucho». Grave error.

La doña se aguantó la risa y me quedó mirando. Al poco rato ya me había ofrecido que la ayudara diariamente a recoger los reciclables. Me pareció una idea algo infantil. No era ajeno a los recolectores de botellas de plástico: una asiática hacía lo mismo cerca del edificio donde vivía antes, pero ella quizá necesitaba algo extra, ya que los hijos trabajaban y ella no mantenía al hogar con unos cuantos centavos. La doña parecía muy segura de lo que me ofrecía. La observé con incredulidad, sus manos gruesas que trataban de unir los extremos de un suéter que alguna vez poseyeron botones, su cara cobriza de ángulos fuertes donde leves arrugas cortaban sobre todo en la frente y en las comisuras de los labios. Necesitaba un sitio donde dormir, solo para pernoctar y pensar en mi futuro, en que si convenía quedarme a pasar hambre solo o regresaba a mi país a pasar lo mismo con los míos. Acepté inmediatamente. El espacio era la mitad de un dormitorio dividido con triplay pintado. Lo iba a compartir con Gaspar, el hijo mayor de la doña, un muchachón de contextura gruesa que trabajaba para un jardinero. Tal vez por el cansancio no tenía muchas ganas de hablar porque me señaló mi sitio con un gruñido y se acostó para empezar a roncar a los pocos segundos. Me dieron un camastro plegable que me aguijoneaba el costado, pero era mucho mejor que los otros lugares donde había estado viviendo últimamente. El único baño de la casa se compartía bajo un orden estricto; me dieron el número siete, el último de la fila.

A la mañana siguiente, me despertó el aroma hogareño del café y tostadas. Cuando salí del cuarto, vi a todos sentados en bancos alrededor de una mesa cuadrada abarrotada de tazas y pequeñas bandejas. La doña se acercó: taza de café, un dólar; tres tostadas con mantequilla, dos dólares. Me miró con una seriedad imperturbable. Me llevé las manos a la chaqueta y palpé un agujero de mucho tiempo atrás. Les hice una venia, mientras les decía que estaba sin dinero y esta vez pasaba, pero ella, imperturbable, me detuvo con el brazo.

—Sírvete y me lo pagas luego de recoger las botellas. Si tomas el café y las tostadas, son cuarenta botellas las que me debes.

Tuve nuevamente la sensación de estar dentro de una broma. Los ojos agudos de la mujer y el aroma que salía de la taza que me daba me callaron los pensamientos. En la mesa todos bromeaban o algo así. No entendía de qué hablaban realmente. En cierto momento pensé que era el punto de tanto comentario gracioso, pero no suelo molestarme por tonterías como esa y, además, necesitaba caer bien. Comí con hambre y en silencio, en tanto que los demás hacían la sobremesa y, entre palabras de doble sentido, se gastaban bromas acerca de mujeres y situaciones en el trabajo. Felipe y Juan, hijos de la doña, trabajaban para un constructor. El

«Bolsa de reciclaje», un adelanto de «Solo para insomnes» de Rocío Uchofen.

otro se llamaba Severino y cocinaba en un restaurante. Al terminar el desayuno, todos salieron a trabajar. Me quedé solo con la doña, y para no ser un desagradecido, la ayudé a recoger la mesa, pero me dijo que no necesitaba hacerlo, que era parte de la tarifa. Me mandó a alistarme porque íbamos a salir en veinte minutos, y no le entendí, pues no tenía más ropa que la que llevaba puesta ni instrumentos ni sabía cómo se alistaba uno para recoger botellas en invierno. Me quedé allí, con las manos en la chaqueta, sin saber qué hacer, hasta que terminó de lavar el servicio y se dio cuenta de mi presencia. Entonces, sin dejar de mirarme, se acercó hacia una puerta a mi lado, que parecía que guardaba escobas, y sacó una bolsa de plástico que me tiró casi a la cara. Adentro había un par de guantes sucios, pero gruesos, y una gorra azul que olía a guardado. Me los puse y me quedaban bien. La doña me señaló el sitio en el que se hallaban dos cajas de metal con ruedas —carritos de los que se usan para llevar las compras del mercado o la ropa de la lavandería—, pero en muy mal estado, y me alcanzó bolsas de plástico transparente para meter en cada uno y cuerdas para que no se salgan de su sitio. Después de acabar, la vi ceñida en una chaqueta raída y negra, con un gorro similar al mío y guantes de lana gruesa. Vestida así parecía un hombre rechoncho. Salimos de la casa con el ruido de las ruedas contra el piso. El día estaba muy frío, pero soleado. Caminamos por nuestra calle. Las ramas de los árboles habían hecho de la vereda un camino ondulante, no había mucha gente caminando a esa hora, salvo personas con perros o ancianos rumbo a la tienda. Media hora después legamos a nuestro destino. A mí me dolían los pies porque hacía mucho tiempo que no caminaba tanto. La doña me dijo manos a la obra, tú en la vereda de enfrente, yo en esta. Miré con asombro. La calle en la que nos encontrábamos ostentaba casas inmensas de ladrillo color arena y jardines amplios. La doña sabía cuándo era el día del reciclaje porque todas las casas tenían bolsas azules o transparentes llenas de botellas o latas. La de plástico iban en el carrito; las latas, en una bolsa que estaba colgada al costado. Si había botellas de vidrio, que no eran muchas, también nos las llevábamos. Al terminar esa calle, nuestros carritos ya estaban algo pesados. No las había contado una a una, pero calculaba más de cien botellas en la bolsa más grande. Seguí a la doña que con soltura se dirigía a la siguiente calle y noté con sorpresa que tocaba un timbre. Me acerqué para detenerme exactamente detrás de ella en caso de que algo sucediera, esperamos un buen rato y no quise decirle nada; ella tampoco me explicó por qué esperábamos frente a esa casa. De pronto, unos sonidos me llamaron la atención y la puerta se abrió. Primero salió un perro pequeño de color marrón claro y auscultó a la doña que permanecía imperturbable. Luego una voz melodiosa dijo algo en inglés que no entendí. Era una mujer joven y hermosa, de ojos verdes y tez muy blanca, sus cabellos dorados ondeaban sobre sus hombros, su boca pálida empezó a hablar, y noté cómo la doña le sonreía mientras asentía con la cabeza. Hablaron un buen rato, ambas mirando a los lados, como si hubiese alguien espiando, haciendo como si yo no existiera. La bonita hablaba mucho y muy bajito, la doña solo asentía. De pronto, la chica quedó callada y le dio algo que parecía un papel cuadrado o un sobre que la doña guardó con rapidez en algún bolsillo que tal vez llevaba en el pecho. La bonita me distrajo con una sonrisa silenciosa, sus labios perfectos, sus dientes blancos... hasta que la cara angulosa de la doña se interpuso y sentí que regresaba a la realidad, mientras ella me hacía una seña para que jalara algo. Después comprendí que era una bolsa inmensa llena de botellas y latas. Al pasar al lado de aquella belleza, pude aspirar el aroma envolvente de su perfume. Apenas saqué el bulto, ella se despidió de la doña, llamó al perro y cerró la puerta. La doña empezó a avanzar con su carrito que hacía el ruido de cien botellas chocando entre sí.

—Ya cierra la boca, perucho. ¿Nunca has visto una mujer bonita? Habrase visto tan pendejo...

La doña siguió caminando, mientras su carrito sonaba estrepitosamente por la calle. Recogimos muchas botellas esa tarde. Ambos llegamos al reciclaje de un supermercado e hicimos cola. Las botellas plásticas hacían un ruido extraño al pasar por el orificio que las absorbía y me daba escalofríos pensar en lo que significaba ese ruido. Cambiamos los tickets del reciclaje por alimentos. Hicimos una parada extra en otro centro de reciclaje donde cambiamos todo lo que no pudimos en el anterior. Por último, regresamos a casa con los carritos llenos de lo que habíamos comprado en el supermercado. La doña me dijo que me había ganado la cena.

Días después conseguí trabajo en un car wash. No se ganaba mucho, pero al menos mi situación mejoró. Ya le podía pagar a la doña por el medio cuarto y la pensión; la vida en la casa era tranquila. A veces uno de los muchachos sacaba una guitarra, y cantaban corridos y otro tipo música. Yo era el

«Bolsa de reciclaje», un adelanto de «Solo para insomnes» de Rocío Uchofen.

único sudamericano en esa casa, pero aceptaba sin rechistar los gustos y formas de los demás. Extrañaba mi cebiche de conchas negras, pero no me molestaba comer pozole o tamales que a veces sabían a los de mi tierra.

Una tarde, mientras secaba el parabrisas de una camioneta, vi a la bonita bajarse de un convertible negro. El piloto era un hombre blanco, que se puso a fumar puros con el dueño del local. Seguramente me quedé contemplando la belleza de la mujer porque uno de mis compañeros me dio un codazo.

—Ese man es mafioso, carnal, no le mires a la mujer que se va a dar cuenta.

Ella quizá ni me habría reconocido. Lavamos el convertible. A mí me tocó limpiar el interior: el aroma era una mezcla del perfume de la bonita y de cigarro. Había algo en ese auto que me hacía sentir insignificante. Con mi franela limpié el cuero de los asientos. Eso me llenó de cierta tristeza, y mucho más cuando dejé reluciente el parabrisas y me vi reflejado en los vidrios polarizados. Durante la cena, le comenté a la doña acerca de la bonita, y ella, sin dejar de comer, me miró a los ojos sin decir nada. Uno de los que estaban sentados a la mesa murmuró algo que no entendí, causándole risa a todos menos a ella. Cuando acabamos de comer, cada uno se retiró en silencio y me quedé sentado esperando tal vez una explicación.

—Perucho, en esta vida tienes que aprender a ser más discreto.

Del car wash pasé a trabajar en la construcción, junto a Felipe y Juan. Mi trabajo consistía en pintar casas ya hechas. El trabajo era agotador, pero me entretenía y me pagaban bien. Ya podía buscar otro lugar donde vivir mejor, pero le había cogido cariño a la pensión de la doña, y no se me hacía justo abandonarlos cuando era gracias a ellos que ya tenía un trabajo estable. Vivíamos en armonía; la doña administraba todo, mantenía la casa limpia y no abandonaba su gusto por salir con su carrito de reciclaje.

El periódico siempre lo traía Gaspar, quien también compraba boletos de lotería para su madre. Yo, que apenas balbuceaba inglés, no le tomé mucha atención a la lectura hasta el día que vi la foto de la bonita en primera página del diario. La palabra «murder» la aprendí así, viendo la cara angelical de aquella beldad junto a la foto de unos restos carcomidos por el fuego. Recuerdo que la doña vio la foto y empalideció.

—Ha sido ese pinche…

—¡Cállate, Gaspar!

Los otros muchachos en la mesa no dijeron mucho. El ambiente se tornó extraño. Uno a uno, se fueron retirando, mientras le daban las gracias a la doña por la comida. Gaspar también se fue y su periódico quedó abierto sobre la mesa. La cara de la bonita parecía la de un ángel; la foto tanto del auto y el cuerpo chamuscados, un infierno.

—Perucho, ¿trabajas el domingo? Quiero que me acompañes a un sitio.

—Por supuesto, doña…

Salimos temprano. Tomamos un bus que nos llevó hasta el ferry de Staten Island. Llegamos a Manhattan y caminamos un poco hasta tomar un tren subterráneo en el que viajamos por casi una hora. Subimos en una estación grande y concurrida. Avanzamos por una calle llena de edificios y bulla de autos. Entramos en un local que parecía un hospital escondido porque vi salir mujeres vestidas como enfermeras o algo parecido. Sin embargo, al ingresar, había un gran salón que parecía parte de una casa elegante. La doña saludó a alguien que estaba en un escritorio vacío y seguimos por un pasadizo donde nuestras pisadas hacían eco. Por fin ingresamos por una de las puertas. En el interior había una cama cubierta con una frazada rosada y un sillón de color azul. Una anciana vestida elegantemente estaba sentada allí y se alegró al verla. La cara de la anciana era la misma de la bonita, pero muy avejentada. Me sentí muy confundido. La doña y ella se saludaron como si se conocieran desde mucho tiempo atrás. Me quedé al lado de la puerta sin saber qué hacer. La anciana hablaba inglés con la misma cadencia que la bonita. Mi vista pasó por su cuarto. De pronto se posó en la mesa de noche: un retrato mostraba a la bonita en todo su esplendor: el cabello rubio al viento, la sonrisa como la recordaba, el cuerpo como si se fuera a salir de la foto. Salí del embeleso justo a tiempo para observar cómo la doña le dejaba a la anciana un papel o sobre cuadrado, parecido al que vi en la casa de la joven… De regreso, no hablamos mucho. Tenía preguntas que me bullían en el cerebro, pero prefería contestarlas yo mismo. La doña viajaba ensimismada.

Llegamos a la casa. La bulla se escurría tras la puerta. Los hijos de la doña habían asado un puerco cuyo aroma me estremeció el estómago y el sonido de la banda que salía de los parlantes le daba otro ambiente al comedor. Me enteré que era cumpleaños de Gaspar; llegaron unas sobrinas de la doña, llevaron pastel y también hubo botellas de cerveza. Bailamos y tomamos. Al anochecer, me quedé con la doña ordenando los restos de la fiesta. Limpiábamos en silencio, hasta que su voz rompió

«Bolsa de reciclaje», un adelanto de «Solo para insomnes» de Rocío Uchofen.

mis pensamientos.

—Llegué a este país huyendo de mi marido. Mis hijos eran pequeños, cruzamos la frontera, y luego de andar por aquí y por allá, llegamos a esta isla. Mrs. Hynes me dio mi primer trabajo, ella estaba casada con un hombre importante que casi nunca paraba en casa. Yo dejaba a mis hijos en la escuela y me iba a cuidar a los hijos de ella. Todos eran niños muy educados. Uno de ellos ahora es un abogado, otro es médico y vive en Boston, otro es tu jefe en el negocio de la construcción. La más pequeña era mi Jenna. Yo la crie casi desde que nació. Era como mi niña, hermosa y suave. A todos los quiero como a mis hijos, pero con ella estaba mi corazón. Me pagaban bien, trabajé con ellos muchos años. El marido de Mrs. Hynes se metió en la política y yo ya no pude trabajar en su casa porque no tenía papeles; hubiera sido un escándalo. Jenna ya era casi una señorita, le chocó mi partida, y eso que yo siempre me escapaba para verla y aconsejarla y... Cierto día mi Jenna conoció a ese hombre... Lo demás te lo puedes imaginar.

—Era muy bonita...

—Es, perucho. ¿Quién te ha dicho que se ha muerto?

Seguimos ordenando el lugar, los descartables en una bolsa negra, las botellas de cerveza en una transparente. Terminamos de ordenarlo todo y apagamos la luz. Me dirigí a mi media pieza. A lo lejos escuché la voz de la doña que casi se diluía en el aire.

—Yo crie a Jenna, Perucho. Yo, quien dejó a su marido borracho en la calle y huyó mientras se incendiaba el cuarto. Por años a mí y a mis hijos nos hizo misas...

Entré en la oscuridad y palpé mi cama plegable. Me tiré con la ropa puesta. Me quedé dormido tratando de recordar si la doña había tomado algo durante la fiesta.

ENTREVISTA

Juan Millán Costa, un obrero del cine

Víctor Hugo Ortega

12 de marzo de 2019



En entrevista con Suburbano, el fotógrafo y camarógrafo chileno Juan Millán Costa explica cómo llegó al cine por casualidad, después de haber estudiado ingeniería eléctrica, y defiende la formación alternativa para aprender el oficio cinematográfico. También se refiere a sus trabajos con destacados realizadores como Adrián Caetano y Pablo Larraín y explica por qué Valparaíso es una ciudad más fotogénica que Santiago.

Juan Millán Costa (1980) se define como «un trabajador del cine» cuando habla de los distintos roles técnicos que ha tenido en rodajes de películas, videoclips, series y spots publicitarios. Como buen fotógrafo, es un tipo meticuloso a la hora de hablar de las diferencias que hay entre un primer y un segundo asistente de cámara; un camarógrafo y un director de fotografía.

Y es que no es tarea fácil explicar todos estos cargos que ha tenido en distintas producciones en los últimos doce años.

«Quizás la familia de un técnico del cine no entiende exactamente el oficio», reconoce. Esta figura de la que habla es un sujeto invisible para el gran público, aunque esencial para el acuerdo tácito que hay entre el espectador y la película, en torno a la idea de engaño que nos propone el cine y que aceptamos como un acto de magia.

Los trabajadores del cine también son fundamentales para, como decía el gran Luis Buñuel, «no turbar nuestra tranquilidad abriendo la ventana maravillosa de la pantalla al mundo liberador de la poesía». Sin embargo, llega un momento en que la curiosidad invita al espectador a hacerse preguntas que van más allá de la historia que está viendo. Y muchas de las respuestas están en los making of, esos que hacían más atractivos los menús de los DVDs y que ahora se suben a YouTube para que veamos el truco detrás de la magia. Hoy, Netflix nos da y nos quita. Y entre lo que nos quita están los créditos finales de las películas. El tiempo es un problema y el «usuario» debe ver rápidamente lo siguiente, así que los trabajadores del cine son invisibilizados por el apuro de la plataforma y su espectador ansioso.

En esta entrevista realizada en una antigua casona del Barrio Yungay, donde vive desde hace unos meses, Juan Millán Costa explica, detalladamente, cómo llegó al cine por casualidad, después de haber estudiado ingeniería eléctrica; defiende la formación alternativa para aprender el oficio cinematográfico, habla de sus trabajos junto a destacados realizadores latinoamericanos como Adrián Caetano y Pablo Larraín y comenta por qué Valparaíso es una ciudad más fotogénica que Santiago. También recuerda, con seriedad, que su cercanía con el cine fue exclusivamente por la cámara que tenía su padre: «Si hubiera tenido dos VHS en mi casa probablemente sería editor».

Fiel a su carácter meticuloso, antes de comenzar la entrevista se nota preocupado y advierte que es mejor conversar en el interior de su casa y no afuera. Hay un vecino que habla muy alto por teléfono y eso lo desconcentra. Hace calor en la noche santiaguina y finalmente la charla fluye en el patio, donde hay un gran mural que pide a gritos una fotografía. Esta es una conversación sobre cine con un obrero del cine.

¿Puede un «técnico del cine» salirse de su oficio cuando va a ver una película?

Para mí es bastante difícil salirme, sobre todo cuando la película empieza. Me imagino que le pasa lo mismo a un actor viendo una obra de teatro o a un futbolista en un estadio. No es un set, pero inevitablemente uno se siente como si estuviese dentro de él. De todas formas, cuando la película avanza uno logra meterse en ella.

Juan Millán Costa, un obrero del cine

¿Qué es lo más difícil de trabajar con una cámara?

Pienso que es cuando se trabaja con una cámara nueva, porque es volver a estudiar todo su funcionamiento, con sus ventajas y desventajas. También cuando te enfrentas a un equipo de trabajo nuevo, a una locación que no conoces y a un cineasta con el que no has trabajado. Hay que familiarizarse con todo esto para que se haga menos difícil el trabajo.

¿Por qué no terminaste de estudiar la carrera de cine?

No pude terminar por motivos económicos. Ya tenía congelada la carrera de ingeniería, por lo que a los 25 años sentía que necesitaba trabajar. Se me dio la oportunidad de tomar un taller y al año siguiente trabajar en uno de los escalafones más bajos del departamento de cámara. Cambié mis estudios para ser un obrero más del cine.

¿Estás de acuerdo con Werner Herzog cuando dice a los futuros cineastas que no vayan a una escuela de cine?

No del todo, más allá de si es academia o no, necesitas un guía que te enseñe. De hecho, don Werner dicta talleres también. Quizás una carrera completa de cinco años no sea tan necesaria, más necesario para mí fue lo que aprendí en los mismos rodajes. Además, creo que el estudiar en la universidad no significa que no puedas trabajar de taxista o conocer la calle.

LA EXPERIENCIA AUDIOVISUAL

Cuéntame sobre tu formación y experiencia con la cámara.

En 2005, tomé un taller de dirección de fotografía de cinco meses de duración con don Héctor Ríos. Al año siguiente, llegué a trabajar por casualidad en una de las empresas de equipamiento para cine más grandes de Chile, Claramunt, como encargado de las cámaras y del monitoreo de ellas. De alguna forma, mis estudios de ingeniería eléctrica en la Universidad Santa María fueron de gran ayuda en la parte científica y técnica de este oficio. Con el tiempo me fui formando en el set, primero en publicidad y después en cine. Mi primera película fue **«Grado 3»**(Roberto Artiagoitía; 2009), como segundo asistente de cámara. En 2010, trabajé en la primera temporada de la serie «**Prófugos**», de Fábula Producciones, como primer asistente de cámara.

A lo largo de los años fui primer y segundo asistente en diferentes producciones publicitarias, series, películas y festivales como Lollapalooza Chile, hasta que debuté como director de fotografía en «**Canción sin letra**» (Cristián Vidal; 2013). Después vinieron dos proyectos que me marcaron mucho. La película «**No**» (Pablo Larraín; 2012) y la segunda temporada de «**Prófugos**» (2013).

Luego vino una transición para mí y pasé de ser primer asistente de cámara a director de fotografía en la serie **«Taller de Video»**, de Juan Cortés y en la película **«No basta con amar»**, de Cristián Mamani, ambas actualmente en etapa postproducción. Pero no dejé de trabajar como asistente de cámara, volví a este cargo en el documental de Sebastián Moreno sobre el fotógrafo Sergio Larraín y en la segunda película de Jorge Riquelme, **«Algunas Bestias»**.

El hecho de que me toque una película como director de foto y la siguiente como asistente de cámara, me produce una retroalimentación del oficio, ya que comparto rodaje con otros directores de fotografía. Ahora, en el 2019, siento que se me viene el examen más importante, la serie **«Migrantes»,**dirigida por Harold Avilés, ya que hay muchas escenas de acción y un presupuesto limitado. Se filmará este otoño en Antofagasta y será emitida por TVN (N. de la R. el canal estatal de Chile).

¿Cuál fue esa casualidad que te llevó a trabajar con las cámaras?

Mi mamá vendía planes de salud y un día en un negocio de un servicentro, un empleado de Claramunt le preguntó por uno de estos planes. Cuando mi mamá fue a la oficina de Claramunt y atendió al administrador, se dio cuenta que tenían unos afiches de cámaras de cine y comentó que tenía un hijo que estaba estudiando cine (el taller con don Héctor Ríos). Un par de meses después ya estaba trabajando ahí.

¿Qué es lo más ha cambiado en el cine desde que empezaste como asistente de cámara hasta ahora en que trabajas como director de fotografía?

Creo que el concepto de rigurosidad. Antes, filmar diez minutos en cine salía mil dólares, sólo el revelado y digitalización del material. Hoy, con esa misma cantidad puedes perfectamente hacer un cortometraje, pero se ha perdido el rigor y disciplina de cuidar lo sagrado que es el material, sea cual sea la película. Para mí, 10 minutos de

filmación son igual de importantes, independiente de si cuestan mil o cincuenta dólares.

NETFLIX, LOS OSCAR y LAS PELÍCULAS DEL AÑO

¿Cuál es tu opinión del debate Netflix vs ir al cine?

No entiendo por qué es Netflix vs ir al cine y no Netflix vs el cable, sobre todo si «ir al cine» ya se enfrentó con el videoclub y el cable, que a su vez ya se enfrentaron con Torrent y Cuevana. Yo soy abierto a todas las plataformas. Desde los siete años voy al cine, a los once mi mamá compró el primer VHS, tuve una polola que tenía DVD y el Internet llegó a la mitad de mi vida. Creo que más allá de donde vayan a parar las películas, lo importante es el contenido de estas. Lo bueno de Netflix es que puedes ver, por ejemplo, películas del año 70 al 2000 en muy buena calidad. Pero también para los más cinéfilos hay salas alternativas con retrospectivas o estrenos desfasados a un precio accesible. La sala de cine jamás va a morir, siempre será un digno lugar donde ir a pasar un buen rato. En cambio, nadie garantiza el crecimiento de una plataforma como Netflix. Perfectamente puede tener una competencia fuerte y también al ingenioso vendedor ambulante de DVDs, algo se le va a ocurrir para no irse a la quiebra.

¿Qué opinión te merece la polémica del Oscar, que quiso sacar 4 categorías de premiación, entre ellas la de Mejor Fotografía y Edición, para ser entregadas en comerciales, pero que luego decidieron echar marcha atrás a la decisión?

La verdad es que nunca veo las premiaciones, sólo lo hice cuando estuvieron nominadas **«No»**y **«Una mujer fantástica»**. Siempre me entero al día siguiente por posteos de amigos o colegas en redes sociales. Yo tengo mucho respeto por la ceremonia y los premiados, pero el show televisivo es lo más poco honesto que hay. Todo muy pauteado. No me extraña para nada esta discriminatoria decisión, así como cuando no dejaron tocar en el escenario a Jorge Drexler, que igual terminó ganando el Oscar a mejor canción original. Es inconcebible que el comercial de un producto valga más que la entrega de un colega premiado, independiente de la categoría que sea.

¿Cómo podrías definir «Roma» y «Bohemian Rhapsody» desde la visión de un técnico del cine?

Ambas son películas de última generación en tecnología y me sentiría muy orgulloso de haber sido un técnico en ellas. Vi **«Roma»**en Netflix y fue un error, porque como técnico vi cada escena una y otra vez, revisando como quedaron tan perfectas algunas de ellas. Busqué el making of y no la disfruté como espectador, porque no me lo permití. De alguna forma sé que un cineasta como el maestro Alfonso Cuarón jamás me va a fallar. No estaba informado de que Emmanuel Lubezki, uno de mis ídolos, no fue el director de fotografía. Me enteré recién en los créditos de que Cuarón fue quien hizo la fotografía. Me saco el sombrero ante él.

«Bohemian Rhapsody» la vi en el cine y siento que es una perfecta recreación, pero que no deja ningún mensaje más allá de lo que generan los discos de Queen por sí solos. A diferencia de **«Roma»**, que te muestra cómo se comporta el ser humano y la sociedad y que el México de principios de los 70 podría ser perfectamente el Santiago de Chile del 2019.

VALPARAÍSO, LA CINEFILIA Y EL OFICIO EN CHILE

Cuéntame porque tu vida laboral y personal ha estado siempre entre Santiago y Valparaíso.

Mi familia paterna y materna son de la Región de Valparaíso. Nací y viví ahí hasta los doce años. Después, por motivos laborales mi madre se vino a trabajar a Santiago y me vine con ella. No me pude acostumbrar a la capital, así que a los 18 volví a estudiar a Valparaíso. A los 25 volví a Santiago, ya que independiente de que ahora se filmen películas en casi todo Chile, la administración del cine, la televisión y la publicidad se encuentra en la capital. Hace un tiempo intenté vivir dos años en Valpo, pero me fue difícil. Ahora estoy en el Barrio Yungay de Santiago, donde había vivido en mi juventud. Arquitectónicamente tiene un aire porteño.

¿Cuál de estas dos ciudades es más fotogénica?

Valparaíso tiene un cielo mucho menos difuso que Santiago. Tiene mar, tiene desnivel y no tiene tantos edificios. Eso hace para mí que la luz se distribuya de una mejor manera visualmente. Y la fotografía no sólo es luz, también es composición,

es cosa de ver los paisajes con que se hizo famoso el fotógrafo Sergio Larraín. De todas formas, cada geografía nos entrega algo diferente, eso es lo bonito de Chile, que tienes metrópolis, cordillera, mar, lagos, desierto. Muchos colores.

¿Cómo se ve la actuación en el cine desde el rodaje? ¿Hay alguna actriz o actor que te haya marcado in situ?

Es la visión más cercana, estás en la cancha, no en la platea. Podría nombrar a Néstor Cantillana, a quien aparte de creerle completamente todos los personajes, me parece que entiende perfectamente su posición respecto la cámara y lo que hay en su entorno. Sólo le basta saber qué lente tengo puesto, en qué sentido se mueve la cámara y de qué lado le llega la luz, para tener control absoluto de su personaje y del set. De los que me impresionaron a la primera, tengo que nombrar a doña Bélgica Castro y don Alejandro Sieveking, con quienes trabajé en un proyecto experimental junto a un grupo de colegas, sin otro fin que pasarla bien.

¿Cuáles son los cineastas de la historia que más admiras?

Otra lista larga, ya que la historia del cine lleva más de 100 años. Admiro a los que se atreven sin importar el resultado. A Hitchcock, por ser pionero en el thriller psicológico. A Sergio Leone por cómo filmaba los duelos, a Agnès Varda, que con una cámara handy registra cosas maravillosas. También a Kim Ki-duk por su geometría visual, a Martin Scorsese por la calle y a Paul Thomas Anderson por recoger el guante de todos los anteriores. Pero hay dos que encuentro muy completos, me da la impresión de que piensan cuadro por cuadro, que tú aprietas pausa y hay algo más allá: Orson Welles y Stanley Kubrick. Para mí son la perfección y hubiese sido un sueño tomar un café con ellos. Quiero detenerme en esta respuesta para decir que independiente de que los directores son quienes más destacan en una película, en el cine hay un gran trabajo de equipo y los técnicos tenemos mucho que aportar.

¿Cuál es el mejor director con el que has trabajado?

El uruguayo Adrián Caetano. Vino a Chile a dirigir unos capítulos de la segunda temporada de **«Prófugos»**y fue una tremenda experiencia y un gran aprendizaje. Es un director con mucha calle, que logra explicar muy bien a su equipo lo que quiere como resultado. También es un gran motivador. Cada vez que apretábamos el botón rec para grabar gritaba: «¡dame arte!».

¿Cuál es el proyecto de todos los que has sido parte del que sientes más orgullo?

«No», de Pablo Larraín. Hay un antes y un después. Fue un trabajo muy sacrificado, 44 jornadas en meses calurosos, donde tuve que hacerme cargo junto a otro colega de cámaras de 1983 traídas de Estados Unidos. Tuvimos que hacer un sistema para extraer la señal digital, todo muy aparatoso. Fue un rodaje con un director que ya había ganado festivales con sus otras películas, junto a un actor de jerarquía internacional como es Gael García. Hubo mucha tensión. No es fácil trabajar tantos días seguidos bajo presión con el mismo equipo, hubo jornadas en que ni nos saludábamos, era sólo trabajo, aunque tenía su lado positivo. Se trabajó con dos cámaras, una la manejaba el mismo director y la otra el director de fotografía, Sergio Armstrong. Las tomas eran eternas, así que cuando se cansaban, me pasaban la cámara a mí y podría decir que de alguna forma me regalaban un plano. Es como que te dejen tirar un penal en un mundial de fútbol y que el arquero sea Gael García Bernal. Los dos últimos días de rodaje hubo muy buena onda en todo el equipo, nos tomamos fotos, me pidieron actuar de camarógrafo (me veo borroso, pero ahí estoy). En el último plano del rodaje, Pablo ni siquiera pidió corte, agarró una champaña y mojó a los actores. Con mis colegas de cámara nos abrazamos como nunca. Después hubo una fiesta y llegué a las 9 de la mañana a mi casa. Cuando me enteré de que había sido nominada al Oscar a mejor película extranjera, sentí que fue misión cumplida. Esta fue la primera vez en que aprendí a leer a un director y a un director de fotografía.

¿Cómo está el panorama laboral en Chile para un «trabajador del cine»?

Muy difícil, hay más trabajadores que obras. Hace 20 años sólo había un par de escuelas, muchos colegas aprendieron del oficio y se han mantenido en el tiempo. Ahora egresa un centenar de colegas al año, cobran menos para ganarse el trabajo y se están haciendo películas con mucha menor escala de producción, por lo que algunos cargos técnicos se están viendo innecesarios o pasa que un mismo colega hace dos labores.

Cuéntame más sobre tus próximos proyectos, las series «Taller de Video» y «Migrantes».

«Taller de Video»es la historia de Claudia Solari, una actriz famosa de los 90 que está en completa decadencia en la actualidad y la pillan conduciendo ebria. Le ofrecen una condena de trabajo comunitario para no ir a la cárcel y realiza un taller audiovisual a siete jóvenes emergentes de Valparaíso. Esta serie se rodó en el invierno de 2016 y mi trabajo fue de director de fotografía. Fue una felicidad que mi primera serie se haya hecho en mi ciudad de origen.

«Migrantes»es una serie que se va a rodar entre mayo y julio en Antofagasta y trabajaré como director de fotografía. Es la historia de Juan Quispe, un policía, hijo de peruanos, que investiga un asesinato en serie a diferentes migrantes con un código de carácter nacionalista.

Publicado en Suburbano.net el 12 de marzo de 2019. Leer la publicación original.

LITERATURA

Sobre Gravedad de Mariela Dreyfus

Raquel Abend van Dalen

9 de abril de 2017



Cada vez que leo la poesía de Mariela me cambia la temperatura del cuerpo. Es una poesía viva, abierta, que se mueve aunque el libro esté cerrado. En *Gravedad*, el intenso yo poético de Mariela se dilata a lo largo de seis poemarios publicados entre 1984 y 2015, además de los poemas aparte y su actual libro en proceso: *La edad ligera*.

Ya desde principios de los ochenta, con *Memorias de Electra*, su poesía le hace un corte transversal, a quien ama y a quien es amado; a aquel que ha muerto por amor y aquel que ha matado por amor. Su voz reencarna una y otra vez como madre y como amante, no solamente desde lo femenino sino también desde lo masculino en ambos roles.

Esta voz intrépida, no pide permiso ni pasaporte para viajar desde la crueldad de lo cotidiano, hasta los olimpos que ella misma hala a la tierra con sus garras. Es una poesía que insiste en entender y en entenderse, en retar las pequeñas realidades que aparecen con el vuelo de una "maldita mosca" o con el hijo sentado en el sofá, a veces como si pretendiera renacer de una muerte ya demasiado conocida por ella.

De pronto, aparecen escenas familiares y estas mismas son devoradas por jinetes extraviados, sujetos a la intensidad del deseo.

El vientre que escribe Dreyfus es lugar oscuro de gestación, pero también es territorio de goce, "un crispado equilibrio entre el placer y el miedo". Su poesía encuentra un plano único de la existencia, solo suyo, en donde lo mundano y banal se elevan para seducir un universo onírico y, éste a su vez, se implanta en la casa de lo real, logrando que en un solo verso coexistan el tiempo, la muerte, la enfermedad, junto a personajes como la Cucarachita Martina.

Pocas voces poéticas he encontrado tan aventureras y llenas de humor como la de Mariela, pues incluso cuando escribe desde quien observa, con la boca cerrada y sin intervenir, incluso desde ese silencio está latente la amenaza provocadora de convertirse en una "hacendosa gallina en peligro de fuego o extinción".

Publicado en Suburbano.net el 9 de abril de 2017. Leer la publicación original.

Colaboradores

Iván Parra García

Iván Parra Garcia (Bogotá, Colombia) tiene un MFA en Escritura creativa en español de la Universidad de Iowa. En la actualidad realiza estudios de doctorado en literatura comparada y traducción en la Universidad de Michigan. Fue el jefe de redacción de la revista Iowa Literaria, y estuvo vinculado en la creación del Centro de escritura en español de la Universidad de Iowa en donde se desempeñó como Lecturer in Spanish. Traduce del alemán al inglés para la revista de traducción literaria Absinthe. Sus cuentos y ensayos han sido traducidos al inglés y publicados en Estados Unidos, España, Reino Unido y México. Vive en Ann Arbor en donde trabaja en su novela El resplandor de una desaparición.

Rocío Uchofen

Rocío Uchofen (Lima, 1972) Estudió Lingüística y Literatura en la Universidad Católica del Perú. Actualmente reside en Nueva York, desde donde dirige el webzine Híbrido Literario y un programa de radio del mismo nombre.

Víctor Hugo Ortega

*Víctor Hugo Ortega es periodista y escritor chileno, autor de los libros «Al Pacino estuvo en Malloco» (2012), «Elogio del Maracanazo» (2013) «Relatos Huachos» (2015) y «Las canciones que mi madre me enseñó» (2016). Es profesor en la Plataforma de Formación General de la Universidad de Chile, en la Escuela de Cine de la Universidad Mayor y Director del proyecto de formación de audiencias Barravento.

Raquel Abend van Dalen

Raquel Abend van Dalen (Caracas, 1989). Magíster en Escritura Creativa en Español por la New York University. Autora de los poemarios: La beata de las locas (Madrid, Entropía Ediciones, 2019), Una trinitaria encendida (Nueva York, Sudaquia Editores, 2018), Sobre las fábricas, (Nueva York, Sudaquia Editores, 2014) y Lengua Mundana (Bogotá, Común Presencia Editores, 2012); de las novelas Cuarto Azul (Madrid, Kalathos Ediciones, 2017), Andor (Caracas, Bid&Co.Editor, 2013; Miami, SubUrbano Ediciones, 2017), y coautora del libro Los días pasan y las formas regresan (Caracas, Bid&Co.

Fuentes y créditos

Suburbano de Bolsillo · Nº 06
Una selección de Suburbano.net. Noviembre de 2026.

Textos
Iván Parra García, Rocío Uchofen, Víctor Hugo Ortega, Raquel Abend van Dalen. Cada pieza conserva su firma y fecha de publicación, e incluye un enlace al texto original.

Portada
Retratos del archivo editorial de Suburbano.net. Juan Millán Costa: ACC-Chile.

Imágenes interiores
Archivo de las publicaciones originales en Suburbano.net y retratos acreditados arriba. Las imágenes se reproducen con fines editoriales.

Notas de edición
Las fechas y las referencias a eventos corresponden a las publicaciones originales.

Lectura
Índice, textos íntegros y enlaces a la revista.

Seguir leyendo

suburbano.net